

JOSÉ SOTO CHICA

HASTA QUE PUEDA MATARTE



DESPIERTA FERRO



EDICIONES

novela histórica

**HASTA
QUE PUEDA
MATARTE**

DESPERTA FERRO



EDICIONES

HASTA QUE PUEDA MATARTE

JOSÉ SOTO CHICA

DESPERTA FERRO

EDICIONES



DESPERTA FERRO

EDICIONES

Hasta que pueda matarte
José Soto Chica

© de esta edición:

Hasta que pueda matarte
Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12, 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-128158-8-7

D.L.: M-19285-2024

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Carlos de la Rocha
Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: octubre 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2024 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

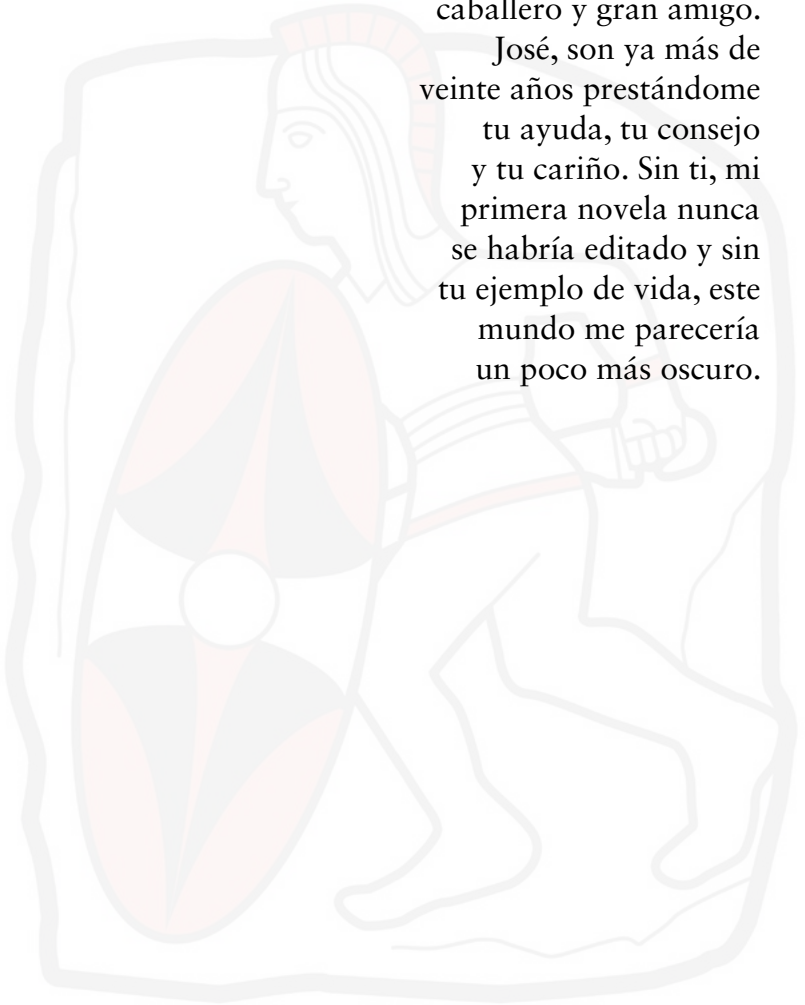
Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

EDICIONES

Dedico esta novela
al comandante del
Ejército del Aire don
José Torices Agudo,
caballero y gran amigo.

José, son ya más de
veinte años prestándome
tu ayuda, tu consejo
y tu cariño. Sin ti, mi
primera novela nunca
se habría editado y sin
tu ejemplo de vida, este
mundo me parecería
un poco más oscuro.

DESPERTA FERRO



EDICIONES



prólogo

Reino de Granada, 21 de diciembre de 1569. Él es un buen hombre. De veras que lo es. Respira profundo, surge de la lluvia y le corta el cuello a su víctima.

Siempre es así de fácil. La sangre brota sin freno de la garganta abierta y Mehmet al-Rumi distrae su mente viéndola tornarse agua bajo la lluvia. Luego, sin prisa, suelta el agonizante cuerpo que, agitándose espasmódicamente, se va quedando libre de vida.

Mehmet al-Rumi no aparta la mirada. Es una mirada fría, tanto que si el frío pudiera tener color hubiera elegido el de sus ojos: azul pálido.

Su víctima convulsiona, boquea inútilmente. Es apenas un muchacho. ¿Cuántos años? Menos de quince. Los suficientes como para morir allí, bajo la lluvia, mientras el desconocido que te ha abierto la garganta de lado a lado te mira, impassible, distante como la vida que se te escapa o como el aire que se niega a seguir llenándote los pulmones.

Mehmet tiene sus normas, sus principios, y por eso se queda mirando al muchacho hasta que se lo lleva del todo la muerte. Los espantados ojos del chiquillo se quedan entonces muy abiertos, apuntando al cielo plomizo que llora sobre ellos. Mehmet no se los cierra, sino que sin prisa, metódicamente, sin apartar los suyos de los del muerto, limpia en las ropas del muchacho la hoja del cuchillo. Durante un instante, fugaz, casi ajeno, deja de engañarse y conviene consigo mismo que, en verdad, no es un buen hombre, sino un perfecto hijo de puta. ¿Qué hace uno cuando llega a esa desoladora conclusión? Pues lo que hace en ese preciso momento: sonreír.

Entonces alguien aparece doblando la esquina del empinado sendero. Mehmet no tiene tiempo de desaparecer, así que enfrenta al recién llegado, buscándolo con sus pálidos ojos a través de la cortina de lluvia y topándose con otros ojos. Unos que están cargados de dolor y rabia. Ojos negros y fieros que van del cadáver del muchacho a su rostro.

Mehmet comprende que el chico al que acaba de asesinar era alguien muy querido para el soldado que tiene ante sí. Lo mejor en estos casos es seguir sonriendo. Sonreír para que la rabia se apodere del otro y nuble su juicio; sonreír para atraer sobre él la atención de la impaciente muerte. Y es que Mehmet tiene que matarlo. Sí, y además hacerlo deprisa.

Allí, de súbito, rodeados de peñas, árboles y abismo, dos desconocidos quedan invisiblemente encadenados por algo más recio que el gélido hierro.

José de Monteagudo y Lope de Torices solo tenía dos cosas en esta perra vida: su hermano pequeño y la espada que le dejó su padre. Con un dolor insoportable oprimiéndole el pecho, comprende que ya solo tiene una... sí, y la desenvaina.

Con la espada ya en la mano, siente una repentina angustia: no entiende por qué no grita; por qué no maldice, jura, llora... cualquier cosa, sí, cualquier cosa sería buena. Pero solo hay silencio. Silencio, muerte y lluvia. De veras que no lo entiende... o quizá, eso se le pasa por la cabeza, quizá también él ya esté muerto.

Pero muerto o vivo se va a llevar consigo la maldita vida del turco que tiene delante.

En una tarde granadina, aceros bien forjados y dos que se miran. Pálidos ojos azules que evalúan y acechan, y ojos llenos de furia que arden en negro fuego; y una historia que empieza a templarse bajo el insobornable martillo de la venganza y sobre el yunque inmisericorde de un odio que solo podrá saciarse con roja sangre.

Y comienzan. Acero de Toledo, acero de Damasco, danzan bajo el trueno y el relámpago en una tarde amortajada de lluvia y frío en la Sierra de Granada; y dos que se odian sin haberse conocido, invocan habilidad y brío. Pies ágiles, manos duras, giros, estocadas, paradas, filo que corta, punta que ansía desgarrar entrañas y la primera sangre brota de la mejilla cortada del turco.

Mehmet se zafa por poco y retrocede dos pasos sin dejar de mirar al español. Tiene ante sí a un hombre que llega por poco a los treinta años pero que en la mirada tiene soldada la lenta furia de quien ya nada aguarda.

Cobran aliento girando uno en torno del otro, amagan, dejan que las hojas se besen sin fuerza, como lánguidas y macabras ramerías suspirando por sangre y muerte. Mehmet, ensancha la sonrisa y salta por encima del cadáver del chiquillo degollado sin perder el equilibrio ni la atención. Su rival lleva una buena espada; él, por su parte, esgrime el yatagán recurvado que le regaló su maestro el día que se despidieron allá lejos, en Constantinopla. Es un arma excelente, bien equilibrada,

de hoja damasquinada y empuñadura bien trabada. Un arma que permite herir tanto de filo como de punta.

—Dime tu nombre —le espeta el español, y Mehmet se sobresalta, pues le ha hablado en turco.

—Mi nombre no te libraré de la muerte. ¿Para qué lo quieres entonces?

—Para decirlo, muy despacio, mientras te arranco las entrañas.

Mehmet, que desde los nueve años solo ha sabido de fiera, no puede impedir que aflore en los labios una nueva sonrisa. Una que ya no es calculada, sino sincera.

—Mehmet al-Rumi —responde reconociendo que en frente tiene a otro lobo.

—José de Monteagudo y Lope de Torices —le contesta a su vez el «ponentino».

Y no hay más palabras. El español conoce bien el arte del acero. También lo domina Mehmet. Sus maestros, cuyos respectivos nombres nunca conocerán, estarían satisfechos. ¿A quién le importa eso? Ni a ellos, ni a la lluvia, ni a los sombríos montes que los rodean. Y la tarde trae relámpagos y truenos que se empapan en sangre.

Heridos, jadeando, sangrantes, se separan de nuevo y se estudian con la paciencia del que sabe que será su último examen.

De nuevo se lanzan el uno contra el otro. La hoja de Mehmet rompe la guardia de José de Monteagudo abriéndole el hombro izquierdo, pero el español, ligero, tuerce la cintura, amaga y alza su espada alcanzando al turco en el ojo derecho.

Y entonces, sin anunciarse, al trueno se impone un galopar de caballos y un correr apresurado de hombres; y lo que era un duelo se torna combate y batalla, y los que se juraban muerte quedan separados.

Por entre el torbellino de moriscos y turcos, de soldados del Tercio de Granada y milicianos, José de Montegudo maldice y escupe mientras ve alejarse a Mehmet al-Rumi con la cara ensangrentada. Pero la batalla, una más entre tantas, se interpone, bronca y confusa, entre dos que se odian.

Cuando todo termina, en el silencio que trae la noche y en la calma que sembró la muerte, José de Montegudo busca el cadáver de su hermano pequeño. Sentado sobre el barro mezclado con sangre, lo toma en sus brazos y lo acuna. Luego, hablándole muy dulce, muy quedo, como cuando era un niño, se permite las lágrimas y un llanto ronco y desesperado que no calma su ansia de venganza.

De improviso, una mano amiga se apoya en su hombro herido. Es la de don Lope de Figueroa, maestre del recién creado tercio de la costa de Granada. Montegudo no lo saluda, sigue llorando. Ninguno de ellos, ni Lope ni él mismo se deben más que una cosa: camaradería. Es lo único que te queda cuando te has pasado tres años remando junto a otro desgraciado en La Piedra, la galera turca en donde fueron encadenados tras ser apresados en Los Gelves.

—Hay que enterrarlo —termina por decir Lope.

Y eso hacen, y con cada palada de barro que Montegudo arroja sobre su hermano, pronuncia entre dientes un nombre amargo: Mehmet al-Rumi.

No lejos de allí, caminando ligero por entre peñas y castaños, Mehmet al-Rumi logra reunirse con su centenar de jenizaros y maldice por lo bajo cuando, en un breve descanso, se permite al fin curarse el ojo. De nada le sirve «permitírsele». La espada del español se lo ha destrozado y cuando esa noche lo atiende al fin un médico, no puede hacer otra cosa que sacárselo.

Los gritos de Mehmet no solo llevan consigo dolor, sino también un nombre. Un nombre que acentúa con odio y deseo de venganza: «Monteagudo, José de Monteagudo».



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Año del señor de 1569, año 977 de la hégira. Las Alpujarras, reino de Granada. José de Monteagudo, alférez del Tercio de Granada. Mehmet al-Rumi, jenízaro al mando de una *orta* turca. Dos hombres con una cuenta pendiente, dispuestos a hacer lo que sea para saldarla. Lo que sea.

Es esta una novela que gira alrededor del deseo de venganza como imparable fuerza motora, con dos hombres enfrentados a muerte como enfrentadas a muerte estuvieron sus patrias, la Monarquía Hispánica y el Imperio otomano, pugnando por la hegemonía en un Mediterráneo surcado por galeras y tinto de tanta sangre vertida.

El renombrado novelista e historiador José Soto Chica hace danzar a sus dos protagonistas como derviches alrededor de una espada, dos hombres que se encuentran durante la infausta rebelión de los moriscos para perseguirse sin tregua. En medio, el tesoro de un rey y una mujer, María la Bailaora, que busca la manera de escapar de un destino que ella nunca decide. Una trepidante historia de odios y traiciones, que nos lleva desde una cueva en la escarpada sierra granadina al asedio de Galera, donde don Juan de Austria se batirá el cobre para demostrar que no es solo el hermano bastardo del rey Felipe II, para dirimirse en aguas de Lepanto, una –¿última?– oportunidad para que los dos enemigos se citen de nuevo con la de los ojos negros.

Hasta que pueda matarte.

ISBN: 978-84-128158-8-7



P.V.P.: 24,95 €

NOVELA
HISTÓRICA